

Victor Mínguez

Profesor de Hª del Arte del C.U.C
Universidad de Valencia

**LA NAUMAQUIA DEL TURIA DE 1755:
UN HITO EN EL ESPECTACULO BARROCO VALENCIANO.**

La naumaquia celebrada en 1755 en el amplio cauce del río Turia, dió lugar a una de las más brillantes transformaciones escenográficas del espacio urbano valenciano del siglo XVIII. Valencia, acostumbrada a los fastos barrocos, a las espectaculares arquitecturas efímeras que decoraban calles y plazas con ocasión de las numerosas fiestas que tuvieron lugar en esta ciudad durante los siglos XVII y XVIII, convirtió en esta ocasión el río en un gigantesco escenario. El aparato y los recursos empleados son los mismos que en otras ocasiones —luminarias, montes artificiales, nayas, etc.—, pero lo original del asunto invita a un estudio detallado.

Conocemos perfectamente el desarrollo de los juegos navales por el relato del cronista Serrano (1). Por ello haremos más hincapié en los preparativos y en la puesta en escena, para lo que contamos con los Libros Capitulares del Cabildo local y con el manuscrito del dominico Tarifa (2), que si bien relata fundamentalmente los ostentosos festejos vicentinos en el convento de Predicadores, facilita también diversas noticias sobre la naumaquia.

Fue la intransigencia de Carlos III en no otorgar licencia para celebrar una corrida de toros con motivo de las fiestas del tercer centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, lo que obligó a los Comisarios de Fiestas a buscar un divertimento que sustituyera al hasta entonces plato fuerte de cualquier programa festivo de importancia. En el Cabildo del 9 de Junio, Don Manuel Fernández de Marmanillo de la Piscina propuso como alternativa *«un nuevo género de espectáculo, que él sólo podría suplir con ventajas la falta de los to-*

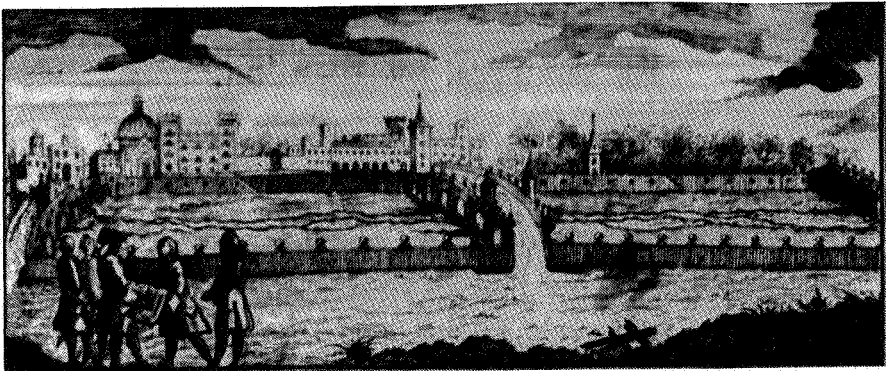


Foto 1. PREPARATIVOS DE LA NAUMAQUIA

- (1) T. Serrano, *Fiestas Seculares con que la Coronada Ciudad de Valencia celebró el feliz cumplimiento del tercer siglo de la Canonización de su esclarecido hijo, y angel protector S. Vicente Ferrer, Apostol de Europa, en Valencia, por la Viuda de Orga, año 1762.*
- (2) V.T. Tarifa, *Relacion Historica de las festivas demostraciones y sagrados cultos, con que este Real Convento de Predicadores de Valencia Celebró el tercer Centenar de la Canonización de S. Vicente Ferrer su más ilustre hijo, y poderoso patrón, en el día 29 de Junio y siguientes del año 1755.* Escrita por el P.P. Presentado F. Vicente Thomas Tarifa, Hijo del mismo Con^{to}. Para noticia, dirección, y luz de los que vivirán en los siglos venideros, manuscrito 246 de la Universidad de Valencia.

ros» (3), refiriéndose obviamente a la naumaquia. F-1 Si bien es cierto que los espectáculos de batallas navales habían dejado de practicarse tras su apogeo en la Roma Imperial, no lo es menos que las diversiones acuáticas, tales como conciertos o cortejos, fueron frecuentes en las cortes europeas durante el Barroco. En España cobraron fama las fiestas acuáticas celebradas en el Estanque Grande del Palacio del Buen Retiro durante el reinado de Felipe IV, o la fastuosa «*Escuadra del Tajo*», construida por Farinelli para diversión de Fernando VI y Bárbara de Braganza y tan próxima en el tiempo a nuestra naumaquia (4). No cabe duda de que el efectísimo barroco alcanzaba en los juegos y diversiones náuticas una de sus más altas cotas.

No hemos podido determinar qué fue lo que inspiró al audaz Marmanillo: ¿una formación humanística?, ¿el eco de los festejos fluviales de la Corte? ¿la influencia de algún artista cosmopolita afincado en Valencia? Sea lo que fuere, su propuesta exacta —según el testimonio de Serrano— fue la siguiente:

«Propuso que se podía formar en el Rio Turia un Lago, que en él se recogiesen de modo las aguas, que sobre ellas pudiesen jugar la Naves, y darse una batalla Naval: que para las noches se podía idear en el mismo Lago una iluminación magnífica, así en los Barcos, que discurriessen por el Rio, como en los tablados, y Galerías, que havrian de levantar en sus orillas: que este seria un genero de Juegos, tan digno de verse, como nunca visto, y un remedo de la celebrada Naumachia de los Romanos: añadía á esto, que al extremo oriental del Lago se podrian á los dos angulos, que hacen los dos pretilos del Rio, con el puente del Real, formar dos montes; es á saber, el Vesubio, y el Parnaso: que aquel arrojaría al ayre en el silencio de la noche Ríos de llamas: éste, tarde y noche podría arrojar de la cima un Rio de agua que subiendo á una justa elevacion, diesse al caer en una cascada, que havria en la falda del mismo monte, por donde blandamente se despeñasse al Rio: que para esto no era menester mas de lo que ya tenia la Ciudad, y era así: Havia ésta construido á influxos de Don Manuel, una maquina hydraulica, para apagar con facilidad los incendios, que recibiendo el agua en el cubo, y encaminandola por medio de dos bombas ázia una cerebatana, la daba tal impulso, que habiendo hecho ya algunas experiencias, la arrojaba cincuenta brazas en alto. Esta maquina puesta debaxo del monte, era quanto se podía desear, para que una invencion tan bella tuviesse efecto: que de la execucion de esta Fiesta, á mas del comun regocijo, se podía sacar para el Hospital General, no poco util, recogiendo para él de los Tablados, lo que le hubieran producido los toros» (5).

(3) Serrano, op. cit., pag. 80.

(4) Al respecto de la «*Escuadra del Tajo*» véase *Fiestas Reales en el Reinado de Fernando VI*, Madrid, Editorial Patrimonio Nacional, 1972 (2.^a ed. 1987).

(5) Serrano, op. cit., pág. 81.

Parece ser que el ambicioso proyecto de Marmanillo no encontró, pese a lo fantástico de la idea, una seria oposición en el Cabildo y que fue rápidamente aceptado por la mayoría de sus componentes. Sin embargo, el Consejo estimó prudentemente, dado el carácter inédito del espectáculo, asesorarse de expertos que emitieran su parecer sobre los posibles peligros que pudiera entrañar: riesgos de inundación y ocasionales daños en los viejos puentes y pretilos a causa del inhabitual caudal. Fueron comisionados el Maestro de Obras de la ciudad, el de la Ilustre Fábrica del Río y otros dos Maestros de gran reputación.

No encontrando ningún inconveniente serio, los cuatro lo hicieron constar por escrito, acompañando el documento de una maqueta en madera del dique que demostraba como, en caso de peligro, éste sería deshecho fácilmente. Uno de los pequeños grabados de Galcerán que amenizan el texto de Serrano, muestra precisamente a varios notables de la ciudad discutiendo sobre el terreno y con planos en la mano, la viabilidad del proyecto. F-2 Al fondo aparece el espacio del río destinado a la naumaquia, el tramo que limitan los puentes de la Trinidad y el Real. Las fachadas del Colegio de San Pío V y del Palacio del Real y el inicio de la Alameda, se alzan en la otra orilla.

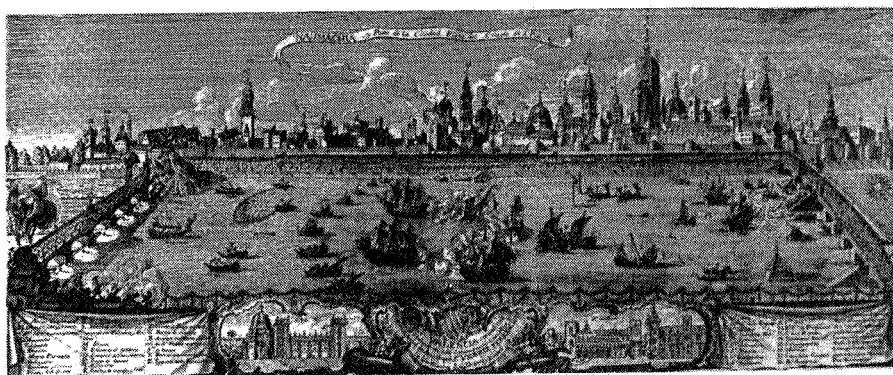


Foto 2. NAUMAQUIA EN EL CAUCE DEL TURIA EN 1755

Como podemos comprobar en el texto de Serrano, dicho espacio ya es indicado por Marmanillo como el elegido para el espectáculo. Realmente, la configuración urbana de la ciudad —tal como se aprecia en el plano del padre Tosca (1704)— propiciaba el festejo acuático, pues sus cinco puentes y sus rectilíneos pretilos —que amortiguan la curvatura del cauce— creaban cuatro espacios rectangulares de diferentes dimensiones a elegir para tal fin. Varias razones justifican a nuestro entender la predilección de Marmanillo: en primer lugar una deferencia hacia el morador del Palacio del Real, Duque de Caylús, Capitán General del Reino; en segundo lugar, sus amplias dimensiones posibilitaban un gran aforo de espectadores en las nayas y tablados que le circundarían; y finalmente, la proximidad de los edificios del monasterio del

Temple, de San Pío V y el citado Palacio del Real, y la perspectiva de la muralla coronada por torres y campanarios, aumentaban el ornato del circo y prolongaban las posibilidades escénicas de éste al superponerles diversas luminarias e invenciones.

No dejan de observarse, sin embargo, dos inconvenientes que, de celebrarse la naumaquia entre los puentes de la Trinidad y Serrano, se hubieran evitado, si bien en dicho caso los juegos habrían perdido en grandiosidad: la curvatura de la margen derecha del río crea dos ángulos muertos que debieron imposibilitar la visión a los espectadores situados en esta orilla, excepto para los que ocuparan el tramo central que se reservó para el Cabildo y la amplitud de su perímetro dificultó sin lugar a dudas el seguimiento de los juegos, muy detallistas por otra parte. Sólo llegada la noche la espectacularidad de su iluminación convertiría la naumaquia en la grandiosa función deseada.

Siguiendo con los preparativos el señor de Marmanillo, que había quedado encargado de informar a la Ilustre Junta particular del Río y al ya mencionado Duque de Caylús, comunicó en el Cabildo del 12 de Junio la complacencia del segundo por el proyecto y la decisión de la Junta de pronunciarse al respecto en Junta General —que tras reunirse posteriormente dió su aprobación—. Este Cabildo fue más conflictivo que el anterior, pues tanto Don Francisco de Castillo como Don Joseph Miralles, Procurador General, hicieron patente su disconformidad con la opinión de los expertos sobre la inexistencia de peligro en puentes y paredones. Sin embargo, y tras un corto debate, el proyecto fue aprobado finalmente por el Ayuntamiento, dejándolo bajo la supervisión de Don Manuel de Marmanillo y Don Francisco Navarro.

Don Felipe Musoles, clavario del Hospital General, recogiendo la idea expuesta en el anterior Cabildo por Marmanillo, solicitó que los beneficios de la naumaquia fueran a favor del Hospital. Escuchada la súplica se decidió que en el caso de que *«tras pagar todos los gastos que se ofrezcan, sobrase alguna cantidad que no la necesitase esta ciudad para su desempeño, se aplicará al dicho Hospital»* (6). Como los gastos del espectáculo fueron obviamente muy elevados, el Hospital tuvo finalmente que contentarse con el alquiler de determinadas tribunas situadas en las calles que recorrió la gran procesión del festejo vicentino.

Aprobada pues la función acuática, se puso manos a la obra con prontitud pues el tiempo apremiaba. En el Cabildo del 26 de Junio se decide entregar —con los votos en contra de los mismos oponentes que en el Cabildo anterior— ciertas cantidades de dinero a los dos Comisarios para los primeros gastos pues se había iniciado ya la obra del dique. Este dinero debía ser repuesto con las ganancias que produjeran el alquiler de tribunas.

Una vez elevado y reforzado el dique de madera, las aguas comenzaron sin violencia a formar el lago. Se estimó que la profundidad conveniente del

(6) Libro Capitular de 1755, pág. 182 r.

agua se obtendría al elevar el caudal central en ocho palmos, lo que permitiría alcanzar en los laterales cuatro palmos de profundidad, *«suficiente para que los Pescadores y Marineros del Grao, pudiesen navegar con sus Barcos, y formar sus Batallas, y operaciones marítimas que acostumbra cuando en regocijos publicos salen por las calles llevando las Barcas en Carros»* (7). El dique no cegaba los arcos por completo, permitiendo rebosar el agua una vez ésta alcanzaba el nivel conveniente.

Tanto el dique como todos los elementos que describamos a partir de ahora en nuestro análisis del festejo podemos contemplarlos en el conocido grabado de Carlos Francia, el excepcional documento gráfico publicado en el libro del jesuita Serrano que, gracias a su inusual tamaño (20x50 cm.), pormenoriza los avatares de los juegos con gran exactitud. Cumple además la función de espejo de la ciudad, al mostrarnos un soberbio perfil de ésta, e incluso contiene en la parte inferior de la lámina los frontis del Palacio del Real y del Colegio de San Pío V, edificios que la perspectiva lógica del espacio no nos permitiría ver. Esta inclusión del entorno arquitectónico de la naumaquia nos reafirma en la idea de la ciudad como elemento dinámico del transformismo barroco: no se representan los edificios porque casualmente formen el horizonte del espectáculo acuático, sino que son parte indisoluble del mismo escenario; tan importantes son a este fin las almenas y campanarios de la ciudad como las graderías y tablados del circo, cuyas luminarias se extienden por las alturas de los primeros probando esta afirmación.

Alrededor del lago artificial dispusieron los carpinteros y albañiles los tablados para acomodar al público. Estos eran de dos formas: galerías cubiertas adornadas de colgaduras de damasco carmesí en el lado de la ciudad y sobre el puente de la Trinidad y simples gradas en el lado de San Pío V y en el puente del Real. Las primeras estaban destinadas respectivamente a la Ciudad y a la Nobleza; las segundas, al pueblo llano. La capacidad total de tablados, nayas y graderías fue de treinta mil personas sentadas.

En el ángulo que cae al palacio del Real, se construyó un baluarte de lienzos de perspectiva en el que se situaron numerosas piezas de artillería. A su lado se elevaba el Vesubio, tal como Marmanillo refirió en su primera exposición del proyecto frente al Cabildo. El polvorista alicantino Bautista Pastor fue el responsable de las explosiones y llamaradas que expulsó su crater inspirándose, según el cronista dominico, en el volcán que adornó el claustro Mayor del Convento de Predicadores, obra del propio Tarifa y en el que colaboró dicho polvorista (8).

Frente al Vesubio, al otro extremo del puente del Real, debía elevarse el Parnaso, pero no fue así. Recordemos como Marmanillo propuso su realización mediante el uso de una máquina hidráulica concebida para sofocar incendios, y que camuflada, fingiría ser la mítica fuente del Helicón. F-3 Des-

(7) *Id.*, pág. 178 v.

(8) Tarifa, *op. cit.*, pág. 145 v.



Foto 3. PESCA, CARRERAS Y BARCOS-ORQUESTA

graciadamente, dicha máquina —encargada por el Cabildo en acuerdo del 26 de Agosto y 9 de Septiembre de 1754— no estuvo terminada hasta Agosto de 1755, como el propio Marmanillo comunicó en el Cabildo del 11 de Agosto (9), haciendo imposible su presencia en la naumaquia. Sin embargo, el grabado de Carlos Francia si que muestra un Parnaso —en cuya cima un enorme Pegaso inicia el vuelo— por cuyas piedras mana el agua sagrada. Posiblemente la belleza del tema es lo que llevó al artista a incluirlo en la lámina, pese a no ajustarse de ese modo a la realidad.

Completaban el adorno del lago, dos perspectivas de gran hermosura, situadas al centro de ambos puentes: la del Real mostraba sobre un trono cobijado en una hornacina a San Vicente Ferrer, en cuyo honor se realizaban los juegos. Dos bellas volutas enmarcaban la estructura, mientras que ricas telas colgaban de la balaustrada del puente. La perspectiva del puente de la Trinidad representaba la Puerta de San Vicente Mártir.

Este grandioso escenario, aumentaría sin duda su efectismo con la llegada de la noche y el encendido de sus luminarias. Las luces nocturnas fueron dispuestas con sumo cuidado en tres niveles: el primero circuía el lago por la superficie de los pretiles mediante numerosos globos; el segundo se com-

(9) Su coste fue de 1881 libras y 18 sueldos.

ponía de infinitas hachas dispuestas sobre los mismos pretilos; el tercer nivel coronaba los tablados por medio de pirámides de luces. Sobre los tablados destinados a la ciudad y a la Nobleza se colocaron además linternas de varios colores que hacían resaltar los espacios privilegiados destinados a las autoridades. Finalmente seis mil caracolillos situados casi a nivel de las aguas completaban la elegante iluminación del lago, que sumó sin contar estos últimos, nueve mil setecientas veintinueve luces.

Al sugestivo efecto que debían de producir dichas luminarias, había que sumar los resplandores provenientes de las pirámides luminosas que coronaban la muralla, y en la parte opuesta las numerosas hachas que alumbraban la fachada y torres del Colegio de San Pío V. Asimismo se iluminaron todas las casas vecinas a la muralla, destacando la del Conde de Carlét y la torre del Temple. Sobre esta última se dispuso, junto al enarbolado pendón del Conquistador, un tablado de varias gradas que sirvió de base a *«una hermosa, y artificiosa maquina, ó rueda, en que San Jorge iba dando continuas bueltas siguiendo á los Moros»* (10).

Serrano utiliza los adjetivos más ampulosos para describir tal maravilla *«guarnición de piropos al espejo de las aguas»*, *«majestuoso resplandor»*, etc. Retórica aparte, hay que conceder que la visión nocturna de la naumaquia debió de ser fascinante, creando una impresión inolvidable en los valencianos y forasteros que la contemplaron.

Una vez concluido el engalanamiento del entorno, fueron botadas al lago cincuenta embarcaciones según Serrano y cuarenta a decir de Tarifa —en el grabado contamos cuarenta y dos—. Este último las divide en diez grandes a modo de fragatas y galeras, con buques insignia para cada flota, otras medianas que también pertenecían a las respectivas escuadras y las restantes eran barcos de pescadores para el ejercicio de la pesca. Según el testimonio de Serrano, fueron traídas unas de una playa cercana al Grao y otras de la Albufera. Lo que Tarifa denomina fragatas y galeras serían probablemente barcas camufladas como navíos de guerra. Para aumentar la ilusión, fueron doradas y pintadas, y se colocaron empresas en las popas. Los toldos, banderas y gallardetes completaban el engaño. Como en las luminarias, el cronista jesuita se deshace virtualmente en elogios y compara las naves con las aves que pueblan la Albufera (11).

La naumaquia se fijó para el lunes, 7 de Julio, pero en la víspera se planteó un conflicto entre el Cabildo y la Comunidad dominica: las lluvias del sábado impidieron la procesión anual que realiza la Cofradía de San Vicente el día de San Pedro Apóstol, por lo que ésta fue aplazada al lunes, coincidiendo con los juegos navales. Dicha coincidencia restaría inevitablemente público a la naumaquia, lo que perjudicaría a los albañiles y carpinteros que arrendaron los tablados tras pagar un alto precio (12). Presiones de ambos gre-

(10) Serrano, op. cit., pág. 177.

(11) Id., pág. 400.

mios provocaron el conflicto del Cabildo con los dominicos —apoyados por el provincial de la Orden—, reacios a un aplazamiento que supondría mantener los adornos del Convento varias días más con el consiguiente gasto. Finalmente se llegó al acuerdo de retrasar la procesión al miércoles, compensando económicamente el Ayuntamiento a la Comunidad dominica.

Molestos dejó a los frailes la disputa, lo que explica la interpretación que hace Tarifa de la muerte de un niño ahogado en el lago destinado a los juegos, el mismo día del acuerdo Cabildo-Convento: *«fatal anuncio, y triste presagio de quan desgraciada y malograda avia de ser aquella funcion, como se vera, por la cual se hizo diferir la procesion»* (13). Se refiere Tarifa a la desafortunada tempestad que, al día siguiente, obligó a aplazar el espectáculo acuático tras causar graves daños en su fábrica, y que los religiosos dominicos atribuyeron a una venganza del San Vicente. Al siguiente día, martes 8 de Julio, volvió a congregarse el público en los tablados y graderías, pero apenas empezados los primeros ejercicios navales, estalló de nuevo la tormenta, lloviendo con tal intensidad, que de nuevo se suspendió la función. La abundante cantidad de agua caída durante los dos días, dañó el parapeto levantado entre los arcos del puente del Real, de tal forma que la presión hizo ceder el maderaje de uno de ellos, volcándose el líquido por el boquete. La rápida actuación de ingenieros y oficiales, que rebajaron el dique por igual en todos los arcos —utilizando en su trabajo los barcos y barquichuelas dispuestos para la naumaquia—, permitió desaguar el inmenso caudal estancado y que crecía sin cesar peligrosamente. Una vez el río volvió a su curso natural se dispuso de nuevo el parapeto reforzándolo.

Fueron finalmente el sábado y domingo siguientes —12 y 13 de Julio—, los días en que tuvieron lugar los juegos navales. Iniciados a las cinco de la tarde del sábado, se estructuraron en tres partes claramente diferenciadas. La primera tuvo un carácter más bien relajado, y consistió en diversos deportes o cucañas practicados por concursantes. En la segunda predominó el tono épico y en ella se libró la batalla entre las dos escuadras antagonistas. Por último, la tercera tuvo lugar ya entrada la noche y encendidas las luminarias, y transformó el lago en el escenario de un magnífico concierto acuático rematado por un castillo de fuegos artificiales, que se disparó sobre la superficie de sus aguas. El grabado de Carlos Francia presenta las tres diversiones teniendo lugar a un mismo tiempo —obviamente con el objeto de mostrar en una misma lámina todos los ejercicios que compusieron la naumaquia—, y así podemos presenciar por ejemplo una escena de pesca que no estorba para nada la batalla que tiene lugar en el centro del lago, mientras que por la derecha es remolcado el castillo de fuegos artificiales.

Veamos brevemente como transcurrió la función. Primeramente, como hemos dicho, tuvieron lugar varias competiciones: corrida de gansos, consisten-

(12) El ceder el arrendamiento a los trabajadores, fue una medida del Cabildo para afrontar los grandes gastos que supuso el espectáculo.

(13) Tarifa, op. cit., pág. 123 r.

te en apoderarse los concursantes, de pie sobre la popa de pequeñas chalupas en movimiento, de gansos que colgaban de un cable, y carreras de pequeñas naves a fuerza de remos. El siguiente entretenimiento, el juego de la pesca, enlazó directamente con la segunda parte de la función, la confrontación de las escuadras. Previamente se habían arrojado al lago multitud de peces, que permitieron poner en práctica diversas modalidades de pesca.

A continuación se escenificó la contienda, a manera de relato visual: la escuadra musulmana sorprende a las barcas entretenidas en la pesca, capturando algunas de estas. Los pescadores sobrevivientes buscan refugio en el puente de la Trinidad; suben a la escalera del puente perseguidos por los moros. F-4 Cuando éstos desembarcan descubren sobre sus cabezas a San Vicente que les amenaza espada en mano —se trataba de un niño elevado en el aire por una tramoya—. Los moros aterrorizados se retiran en sus naves, escoltando sus presas. Se encuentran en medio del lago con la escuadra cristiana. Se entabla la batalla con fuego de cañones y fusilería. De nuevo se aparece San Vicente, espantando a los moros y animando a los cristianos, que se lanzan al abordaje derrotando a los piratas y rescatando a los cautivos. La escuadra vencedora desfila por el lago entre el son de los clarines y las salvas del baluarte.

La larga duración de este simulacro de batalla, hizo que su final coincidiese con la llegada de la noche, por lo que fue encendida la iluminación de los

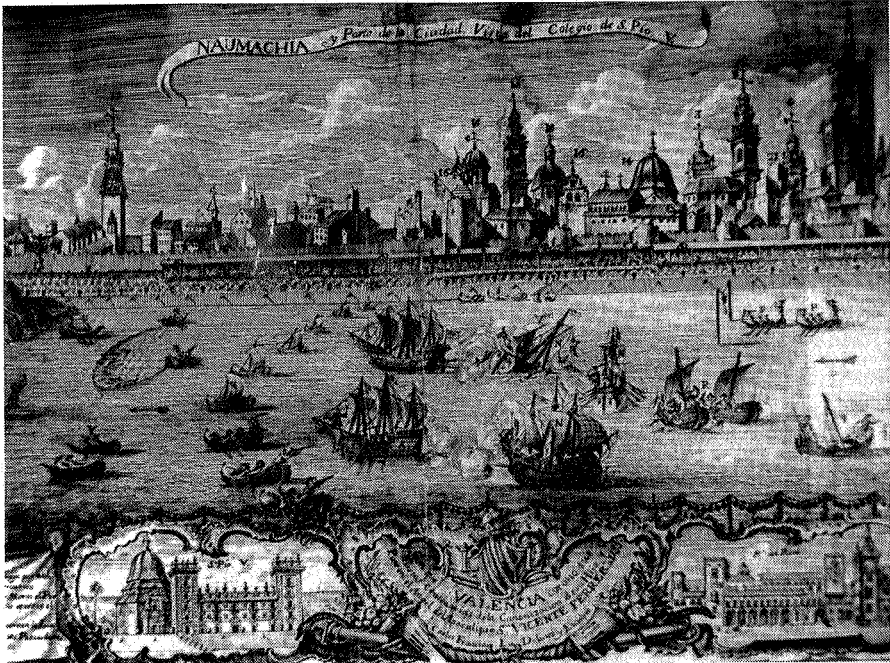


Foto 4. BATALLA ENTRE LAS ESCUADRAS CRISTIANA Y MORA

pretilos, tablados, muros y casas vecinas al río.

Se inició entonces la tercera parte del espectáculo: En medio de las innumerables luces que cercaban el lago, entraron en él por el puente de la Trinidad —auténtico bastidor de la función— cincuenta barquillas iluminadas a proa y a popa con dos hachas, que se deslizaron por el lago sembrándolo de destellos. Les siguieron dos barcas de mayor tamaño, alumbradas con fanales de cristal, ocupadas por la orquesta. Cada una albergaba veinte músicos. Pese a los remos que en el grabado parecen empujarlas, lo cierto es que carecían de éstos, siendo arrastradas con cables por otras embarcaciones menores. Coincidió con el concierto acuático la espectacular erupción del fingido Vesubio, que arrojó numerosas llamas al aire y a intervalos desprendía del cráter un río de fuego que corría hasta la falda, donde se apagaba.

Finalizó el concierto a las diez de la noche. A esta hora entró en el lago desde el puente de la Trinidad, un castillo de fuegos artificiales sobre un tablado o plataforma arrastrada por pequeñas barquillas. Una vez ocupó éste el centro del lago, pegósele fuego:

«fue hermosísima su iluminación, y como el centro de todas las luces del Lago, y pretilos: de la reverberación se formó otro Castillo de baxo de las aguas, que no divertía menos: luego arrojándose al ayre los boladores, le poblaron de estrellas, corona de la iluminación del Río» (14).

Realmente, la conjugación de las miles de luces que alumbraban el lago con el estallido de los fuegos artificiales reflejados en las aguas, debió ser un espectáculo soberbio.

Despejada la plataforma de la máquina del Castillo, tuvo lugar en su superficie una mojiganga o baile burlesco que ejecutaron treinta y dos jóvenes. Una vez concluido, los clarines anunciaron el fin de la función.

F-5 Al día siguiente, domingo 13 de Julio, se repitieron los juegos navales. A lo ya visto el día anterior, se añadieron nuevos divertimentos que mencionaremos brevemente: Se inició la naumaquia con unas justas, consistentes en el enfrentamiento de dos hombres armados de largas varas que, apoyados en las popas de pequeñas naves, intentaban arrojarse uno al otro al agua. Tras la pesca y el posterior combate, y con el río ya iluminado, se encendió una cuerda tendida de orilla a orilla, llena de artificios de fuego: Al llegar éste al centro de la cuerda desplegó un lienzo con la imagen de San Vicente; al regreso desplegó otro con el escudo de armas de la ciudad. Tras los juegos de cuerda, se situaron en el centro del lago dos bastidores dispuestos sobre plataformas remolcadas. Se trataba de una variante duplicada del habitual castillo de fuegos artificiales, cuyas estructuras cargadas de cohetes se habían disfrazado una de navío y la otra de galeota. Se adornaron de flámulas y gallardetes, y los ochenta y sesenta cañones con los que contaban respectivamente se cargaron de cohetes de varilla. Este rizar el rizo que supone el com-

(14) Serrano, op. cit., pág. 406.

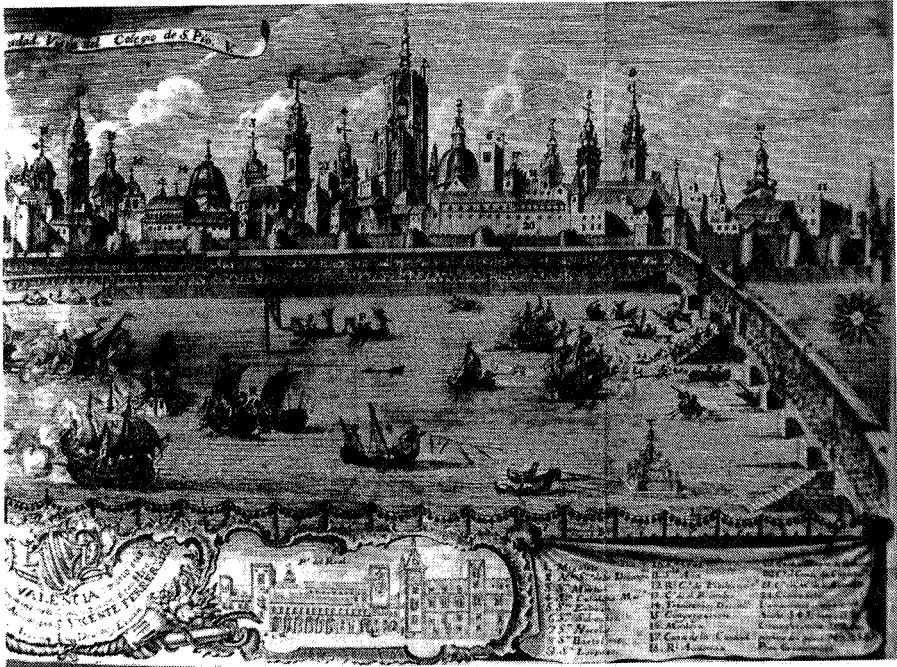


Foto 5. CUCAÑAS, DESEMBARCO MUSULMAN Y CASTILLO DE FUEGOS ARTIFICIALES

binar la batalla naval con los fuegos artificiales, fue la lógica culminación de estos juegos, presididos por el fuego y el agua:

«presentaronse la batalla; comenzaron á jugar los cañones, e iban los cohetes á ran de agua, haciendo no pequeña impresion en los buques: duró un buen espacio el cañoneo: divertian igualmente los cohetes sobre el agua, y su reverberacion debaxo de ella: al fin la arrojó el Navío una carga cerrada, que la encendió toda; y luego en señal de la victoria hizo algunas salvas, y se iluminó todo: al mismo tiempo, de entre los dos se dispararon al ayre infinitas salidas de boladores» (15).

Un castillo financiado por las religiosas franciscanas del Convento de la Trinidad, dió por concluidos los juegos acuáticos de las fiestas del tercer centenario de la canónización de San Vicente Ferrer.

Tanto por la novedad como por la calidad del espectáculo, la naumaquia impresionó muchísimo al público valenciano, y es fácil imaginar que durante muchos años estuvo presente en la mente de todos. Cuarenta y un años después, en 1796 año de la beatificación del Patriarca Ribera, hubo un nuevo proyecto de naumaquia para las fiestas que al año siguiente se realizarían por dicho motivo, proyecto que, por razones que desconocemos, fue infructuoso.

(15) Id., págs. 408 y 409.

Dicho proyecto fue propuesto en el Cabildo del 24 de Julio de 1796 por Don Pedro Castillo, Marqués de Jura Real, Comisario de las fiestas de beatificación junto con Don Antonio Esplugues Palavicino. Su intervención presenta una curiosa novedad respecto al método de financiación de los juegos, pues estos debían hacerse,

«como se executó en la fiesta del Centenar del Señor S. Vicente Ferrer sin agravar los Prop. de la Cm. en cosa alguna pues hay sujeto arraigado y la tomara a su Cargo, proporcionando las diversiones posibles siendo de su Cuenta y riesgo las perdidas o ganancias con moderacion el precio de los asientos, segun los gastos, y consultando siempre sus operaciones con el señor Corregidor» (16).

Se trataba pues, de dejar la organización de los juegos y los correspondientes gastos a cargo de un personaje, cuyo nombre Don Pedro Castillo no revela, y que a cambio se reembolsaría el beneficio que éstos pudiesen suponer. No resulta difícil adivinar que alguien, animado por la aureola que envolvía el recuerdo de la pasado naumaquia, decidió aprovechar la excusa de las fiestas de beatificación y costear una nueva que le supusiera la posibilidad de realizar un gran negocio. Para ello invitó al Marqués —no es probable que se tratara de éste pues su cargo de Comisario de Fiestas, así como la forma de presentar la propuesta al Cabildo descartan dicha posibilidad—, a ser su portavoz frente a las autoridades correspondientes. Parece ser que éstas no encontraron ningún inconveniente en la proposición de Don Pedro y por ello se decidió pasarla a la Junta de Fábrica nueva del río, citándolos para el día 26 de Julio a las diez horas.

Como si la historia se repitiese surgió un oponente al proyecto en la persona de Don Joaquín Guarán, que opuso las mismas razones que en su tiempo defendieron —erróneamente como demostraron los hechos— Don Francisco de Castillo y Don Joseph Miralles, *«que no conviene el proyecto por ser Expuesto el tiempo á llluvias y Avenidas del Rio»* (17).

En el Cabildo del 3 de Agosto, el Marqués de Jura Real comunicó que su propuesta de celebrar la naumaquia desde la Trinidad al Real como en 1755, había sido aprobada por la Junta de Fábrica Nueva y que le habían encargado a él mismo su ejecución. Paradójicamente la aprobación de dicha Junta es la última noticia de que disponemos sobre el proyecto de la naumaquia. Ya nunca más aparece nombrada en los Libros Capitulares. Si que se le menciona en cambio en uno de los varios opúsculos que se imprimieron sobre las fiestas de beatificación en Valencia, y que pone en práctica el tan traído recurso del diálogo indígena/mentor-forasteros maravillados: preguntado el anfitrión sobre los rumores de una posible naumaquia en el Turia, responde que fue una idea que no pudo realizarse por los *«numerosos inconvenientes»* (18).

(16) Libro Capitular de 1797, pág. 260 r.

(17) Id., pág. 260 v.

Probablemente dichos inconvenientes fueron imprevistos de índole económica o de infraestructura, que hicieron ver a su anónimo patrocinador la escasa rentabilidad del proyecto y que le obligaron a dar marcha atrás. En cualquier caso, y volviendo a 1755, el espectáculo de la naumaquia se nos presenta como un hito importantísimo dentro del efectismo y el artificio de la fiesta barroca valenciana y como uno de los grandes monumentos de la arquitectura efímera española del siglo XVIII.

(18) **Demostraciones festivas de la Ciudad de Valencia en la beatificación de su virrey y arzobispo el Señor Juan de Ribera, pág. 8.**